



UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO
FACULTAD DE PSICOLOGÍA
TRABAJO INTEGRADOR FINAL

Título:

**La forma sensible del encuentro: aportes de la terapia gestáltica
a la clínica virtual.**

Modalidad de presentación: Ensayo

Alumna: Lien Estefanía

Legajo: L-1318/8

DNI: 33129235

Docente Responsable: Gregorio Sciascia

Docente de TIF: Mauro Eyras

2026

Agradecimientos

A mi familia, quienes confiaron y brindaron todo su apoyo,
sin el cual nunca hubiese llegado hasta acá.

A mis amigos, los de acá, los de allá,
que se convirtieron en pilar de cada logro y sostén de cada caída.

A Mauro y Gregorio, quienes me acompañaron en cada paso de este camino.

A mi querida facultad, a mis compañeros y futuros colegas.

Infinitas gracias.

Índice

Resumen.....	
Palabras clave.....	
Introducción.....	
Habitar el campo cuando el otro es imagen.....	
Del encuentro a la experiencia en el campo terapéutico.....	
Conclusión.....	
Referencias bibliográficas.....	

Resumen

El presente ensayo indaga cómo se configura la presencia terapéutica y la operación de contacto en la terapia Gestáltica cuando el encuentro clínico se produce en un espacio mediado por tecnologías digitales. El problema surge a partir de la transformación contemporánea del campo terapéutico y de la expansión de modalidades virtuales que interrogan categorías centrales de la Gestalt tradicionalmente vinculadas a la co-presencia corporal. Como premisa, el trabajo sostiene que la presencia terapéutica no depende exclusivamente de la cercanía física, sino que constituye un fenómeno emergente del campo relacional, organizado en función de las condiciones materiales y tecnológicas del encuentro. A Partir de los desarrollos de la Gestalt clásica, la teoría de campo y la fenomenología, se analizan las transformaciones que introduce la virtualidad en la experiencia clínica, atendiendo a las modulaciones de la frontera de contacto y a la reorganización perceptiva producida por la pantalla en dicho contexto. En un segundo momento, el ensayo aborda el ciclo de la experiencia y explora cómo la intervención gestáltica puede acompañar los procesos de sensación, darse cuenta y contacto, así como el trabajo con polaridades en el entorno virtual, describiendo operaciones orientadas a sostener la continuidad y creatividad de la experiencia. Finalmente, se concluye que la virtualidad no constituye una forma degradada del encuentro terapéutico sino una modalidad específica de experiencia que reorganiza las posibilidades del contacto y exige una práctica capaz de ajustarse creativamente a las transformaciones contemporáneas del campo.

Palabras clave: Terapia Gestáltica - Presencia terapéutica - Contacto - Clínica virtual.

Introducción

Hay presencias que atraviesan las pantallas y logran hacerse sentir aun cuando el cuerpo se vuelve imagen. En la escena terapéutica virtual, un parpadeo detenido o un silencio suspendido en el retardo de la conexión no anulan el encuentro, sino lo sitúan en otro campo. Allí donde el cuerpo se fragmenta, la voz se diluye y el gesto se traduce en luz, algo del contacto persiste y se transforma. La práctica gestáltica, anclada históricamente en la experiencia directa del aquí y ahora, se ve convocada a pensar nuevamente qué significa estar presente en un espacio que ya no se comparte físicamente, a interrogar cómo se sostiene la presencia terapéutica cuando la frontera organismo – ambiente se despliega en un campo digital y a reconsiderar el modo en que la presencia y el contacto pueden seguir aconteciendo aun cuando la cercanía del cuerpo se desvanece.

En la concepción de Fritz Perls, la actitud gestáltica es una disposición del terapeuta a habitar el presente con atención plena, con conciencia que se abre al flujo de la experiencia y la sostiene. En este sentido la presencia implica una manera de estar que no se reduce a una técnica, sino que se encarna en una configuración relacional que modula sus posibilidades de aparición en la actitud de apertura ante lo que emerge en el encuentro. El contacto, por su parte, constituye el proceso vital por el cual el organismo se diferencia y se transforma al encontrarse con el ambiente. La frontera donde ambos se tocan es el lugar donde acontece la experiencia y donde el terapeuta se vuelve testigo y partícipe de un movimiento de cambio. La presencia del terapeuta, entonces, no es un mero estar allí sino un modo de resonar con el campo, de sostener con conciencia y disponibilidad ese espacio compartido en el que el contacto se vuelve posible.

En la entrevista que Ramírez Calderón realiza a Claudio Naranjo en 2011, la presencia terapéutica se presenta como el corazón de la práctica gestáltica. Naranjo entiende que el terapeuta, para estar verdaderamente presente, debe sostener una atención viva, intuitiva y consciente, una forma de apertura que le permita acompañar el proceso del paciente sin imponer interpretaciones ni dirigirlo desde la teoría. El contacto se produce cuando ambos se encuentran desde la autenticidad, cuando la relación se vuelve un espacio de mutua transformación. Pero esa escena se inscribe en un contexto de co-presencia física que no contempla la posibilidad de un encuentro mediado por pantallas. La entrevista deja abierta, sin proponérselo, una pregunta que considero ineludible para pensar cómo se sostiene la presencia cuando el cuerpo no está o cómo se da el contacto cuando la frontera entre el yo y el mundo se extiende hasta lo virtual.

El advenimiento de la virtualidad trastoca estas coordenadas y vuelve cuestionable lo que antes podía darse por supuesto. El encuentro que se apoyaba en la proximidad física y en los signos corporales inmediatos, se ubica ahora en la trama de mediaciones tecnológicas que modifican la textura del campo terapéutico. La mirada se duplica en el reflejo de la pantalla, los silencios adquieren un espesor distinto, las pausas son atravesadas por microcortes o distorsiones de la conexión. El acontecimiento del encuentro, si bien no desaparece, se desplaza, se reinventa, reclama nuevas formas de presencia y contacto.

Ahora bien, a partir de la pandemia de COVID- 19, la virtualidad se transformó en un espacio necesario para la práctica clínica y generó nuevas reflexiones dentro del campo gestáltico. El estudio de Dosil Santamaría y colaboradores (2020) analiza la experiencia de terapeutas gestálticos en instancias de supervisión online y muestra cómo el campo digital se configuró como un nuevo ground relacional capaz de sostener la pertenencia grupal, la co-regulación afectiva y la creatividad colectiva. La comunidad virtual, lejos de funcionar como un sucedáneo empobrecido del encuentro presencial, permitió construir un espacio fértil de contacto y presencia compartida. En esos intercambios se hizo visible que la presencia terapéutica puede expandirse más allá de la cercanía física y que el contacto no depende de la materialidad del cuerpo, sino de la actitud de apertura que cada participante pone en juego (Dosil Santamaría et al., 2020).

En un registro más amplio, Valencia-Rey y Escobar Arango (2023), en su investigación, indagan la relación terapéutica en contextos virtuales desde la perspectiva de los terapeutas que trabajan online. En este marco humanista y fenomenológico, los autores muestran que el vínculo terapéutico puede sostenerse en la distancia cuando el terapeuta logra mantener una actitud de empatía y atención profunda, cuando la presencia emocional y la autenticidad se convierten en soporte del encuentro. La mediación tecnológica se presenta como una frontera nueva que exige al terapeuta otro modo de estar. Sin embargo, este estudio se centra en la vivencia del profesional y deja abierta la experiencia del consultante, un aspecto que invita a seguir explorando la fenomenología del encuentro digital desde la mirada gestáltica.

Leídas en conjunto, estas investigaciones permiten trazar una línea de desplazamiento que va desde la presencia encarnada de la Gestalt clásica, hasta las nuevas formas de contacto que emergen de la virtualidad. En el pensamiento de Naranjo, la presencia se asienta en la co-presencia física y en la vibración compartida del cuerpo (Rodríguez Calderón, 2011). En los trabajos más recientes, la corporalidad se fragmenta, se vuelve imagen, pero el contacto persiste como

acontecimiento posible. Entre ambas escenas se dibuja el desafío actual de la Gestalt; el de sostener la presencia terapéutica en un espacio mediado por tecnología y hacer del campo virtual un lugar donde la experiencia siga siendo genuina, aun cuando su soporte se haya transformado.

La práctica gestáltica virtual pone de relieve la plasticidad de sus categorías fundamentales. La frontera organismo-ambiente, que Perls describía como el lugar de la experiencia, se expande ahora hasta incluir los elementos tecnológicos que median el encuentro e integran al campo terapéutico. La tecnología deja de ser un obstáculo para convertirse en parte de la textura misma del contacto. El terapeuta, en este nuevo escenario, es invitado a aprender a leer ese lenguaje y a sostener su presencia en un campo donde el cuerpo no garantiza la cercanía.

La presencia, antes anclada en la corporeidad visible, se vuelve una actitud ética y sensible que atraviesa la distancia expresándose en la atención y la disponibilidad. El contacto, que en la Gestalt siempre fue movimiento, se muestra ahora como una experiencia flexible, capaz de acontecer incluso cuando los cuerpos se encuentran separados por el dispositivo, pero conectados por la capacidad de estar presentes.

El recorrido por los antecedentes ofrece un primer suelo desde el cual comenzar a pensar la práctica gestáltica por fuera de la presencialidad y permiten reconocer que la virtualidad no supone una cancelación inmediata de los fundamentos de la Gestalt, pero tampoco alcanzan a dar cuenta cómo estas categorías se ven afectadas cuando el encuentro terapéutico se produce en un espacio mediado por la tecnología. En este sentido se abre un campo de indagación en torno a cómo se configuran la presencia del terapeuta y la operación de contacto en Terapia Gestáltica cuando el encuentro clínico deja de sostenerse en la co-presencia física.

El presente ensayo pretende reconocer que, la presencia terapéutica se configura en un campo relacional, con modalidades específicas de aparición, que incluye de manera constitutiva las condiciones materiales y tecnológicas del encuentro. De igual modo situar, desde una dimensión procesual la operación de contacto y los modos en los que la experiencia puede sostenerse en función de dicho campo.

Pensar la Gestalt en la actualidad implica considerar bajo qué formas la presencia terapéutica y la operación de contacto se han desplazado hacia una dimensión más sutil, donde el campo virtual se convierte en un nuevo territorio de experiencia, donde las nociones fundamentales se actualizan y se dejan interrogar.

Habitar el campo cuando el otro es imagen

En la tradición gestáltica, la noción de presencia ocupa un lugar central que desborda cualquier definición técnica del quehacer terapéutico. Cuando Claudio Naranjo (2006) insiste en que la Gestalt no se define por sus técnicas sino por una actitud del terapeuta, desplaza el acento desde el procedimiento hacia una cualidad del estar. La presencia no se reduce a una atención sostenida ni a un recurso metodológico, sino que se remite a un modo de estar-con el paciente, afectivamente disponible, consciente de sí mismo y sin refugio en el rol profesional, la interpretación o el dispositivo técnico. Se trata de una disposición encarnada que compromete al terapeuta en la situación y que hace del acontecimiento un encuentro vivo. En sus palabras, “la experiencia puede ser transferida, y que, tal como la vida proviene de la vida, quizá solo se pueda producir una cierta profundidad de la experiencia por medio de la presencia de otro ser que esté participando en esa profundidad” (p. 24).

Si la presencia es entendida primordialmente como actitud, ¿podría suponerse que depende exclusivamente de la disposición subjetiva del terapeuta? En la literatura gestáltica, diversos autores han utilizado con frecuencia la expresión “actitud gestáltica” para referirse al modo particular en que el terapeuta se posiciona frente a la experiencia que emerge en el encuentro clínico, a una disposición de apertura, atención y disponibilidad que orienta su intervención. En este sentido, la actitud puede pensarse como una toma de posición intencional o incluso como una disposición metodológica que guía el modo de participar en la situación terapéutica.

Ahora bien, reducir la presencia a esta dimensión intencional resultaría poco fértil. La práctica clínica muestra que la presencia nunca se da en abstracto ni a priori, sino que acontece siempre en una escena concreta, históricamente situada y configurada por condiciones específicas que exceden a cualquiera de los participantes por separado. Más que una cualidad que se apoya sobre el profesional, puede pensarse como una forma de participación en el campo relacional que se configura entre terapeuta y paciente.

De este modo, la oposición entre presencia como actitud y presencia como escena comienza a desdibujarse y aquello que se vive subjetivamente como disponibilidad o apertura del terapeuta se encuentra, al mismo tiempo, inscrito en una configuración relacional más amplia que modula sus posibilidades de aparición. La presencia ocurre en un campo determinado que organiza las condiciones mismas del encuentro.

La tradición gestáltica pensó la presencia en un contexto en el que la co-presencia corporal constituía la condición natural del encuentro terapéutico donde,

compartir un espacio físico, la respiración común, la atmósfera compartida, los micro gestos corporales y la tridimensionalidad del cuerpo del otro formaban parte del trasfondo implícito de la experiencia clínica y, aunque la presencia nunca se redujo a la mera proximidad física, tampoco fue concebida al margen de la encarnación y del aquí – ahora corporalmente situado.

La irrupción del dispositivo virtual introduce entonces una pregunta que no puede eludirse, ya que la escena del encuentro se transforma estructuralmente cuando el otro aparece bajo la forma de imagen en una pantalla. Así el interrogante que subyace es desde qué lógica se sostiene la presencia cuando emerge en un campo donde la aparición del otro es mediada por una imagen en la pantalla.

Lo que emerge con la mediación tecnológica no es simplemente la ausencia de cuerpo, sino una modalidad distinta de aparición ya que la imagen no es el cuerpo del otro, pero tampoco constituye una representación inerte. Se trata de una forma específica de manifestación que muestra y, al mismo tiempo recorta; que acerca ciertos aspectos y aplanas otros; que intensifica el rostro, la voz y la mirada mientras reduce la percepción global de la postura, la kinestesia compartida y los matices del movimiento corporal. La presencia, concebida por la Gestalt clásica como proceso dinámico, se ve interrogada por una lógica de visibilidad que tiende a estabilizar y fijar aquello que aparece.

En este punto, la teoría de campo desarrollada por Malcom Parlett (1991) en continuidad con la tradición inaugurada por Kurt Lewin, ofrece un desplazamiento fecundo para pensar que, si la experiencia reside en el campo que ambos co-constituyen, entonces la presencia no puede pensarse como propiedad del terapeuta, sino de un fenómeno emergente en un patrón de atención compartida. El campo incluye todo aquello que está efectivamente operando en la situación, lo que implica reconocer que dispositivos, tecnologías, latencias, ritmos y condiciones materiales forman parte constitutiva del fenómeno clínico. En este sentido, la teoría de campo es “un conjunto de principios, una mirada, un método y una forma completa de pensar que tiene que ver con la íntima interconectividad que hay entre los acontecimientos y los marcos o situaciones en las que tiene lugar” (Parlett, 1991, párr. 9). La pantalla entonces deja de concebirse como un obstáculo externo o como un medio neutro para ser entendida como elemento del campo.

El apoyo en la fenomenología permite profundizar este análisis al desplazar la atención desde lo que el otro “es” hacia lo que aparece, lo que se manifiesta en la experiencia. En este sentido Yontef (1997), retomando la fenomenología husserliana, sostiene que “la fenomenología es una búsqueda de comprensión basada en lo que es obvio o revelado por la situación, más que en la interpretación

del observador” (p. 173). Eso que se entiende como la suspensión del juicio, la capacidad de abstención de señalar si algo es verdadero o no invita a pensar que no hay ninguna cosa detrás del fenómeno que se manifiesta en el recuadro de la pantalla y que no es una representación distinta a su propio aparecer. La descripción de la experiencia inmediata y consciente en el aquí-ahora de la situación, toma la forma de una imagen en la que aparece recortando aspectos o acentuando otros. El terapeuta se ve compelido en su formación a desarrollar esa capacidad de estar presente y mantenerse atento a lo que sucede en la frontera de contacto para facilitar la percepción de la estética de las figuras que se desarrollan en el marco de dicho encuentro. De igual modo debe dejarse afectar por lo que sucede con las expresiones del consultante y tomar consciencia de la propia influencia que ejercen en él. El objetivo es lograr una mayor ampliación en la descripción del fenómeno y para ello el terapeuta necesita acompañar ese desarrollo del aquí y ahora de la experiencia.

Siendo éste el estado de la situación, no puede pensarse que la imagen garantice la presencia, pero tampoco que su mediación la cancele automáticamente. La cuestión se vuelve más sutil, ya que la presencia virtual no constituye una versión disminuida de la presencia corporal sino una modalidad cualitativamente distinta cuya textura fenomenológica está atravesada por la lógica de la imagen.

El desplazamiento que propone Robine (2005) introduce una torsión que permite profundizar la experiencia para situarla como un acontecer que se produce en la frontera de contacto y que sucede en relación. Lo que llamamos experiencia terapéutica no es la suma de dos interioridades que se comunican, sino la configuración dinámica de un campo en el que algo toma forma, se figura y adquiere relieve. En sus palabras “se trata de considerar los fenómenos que se verifican en el campo organismo/entorno como fundadores y paradigmáticos” (p. 32) para pensar que la experiencia a la que el terapeuta se enfrenta será una expresión de diversas alteraciones en esa unicidad que se verifican en la frontera. En este sentido, la presencia constituye una disposición que permite que el campo se organice de un modo tal que algo pueda emerger como figura. La experiencia entonces depende de la manera en que la frontera de contacto se actualiza en cada situación concreta.

Del mismo modo subraya que el self es una función que se despliega en dicha frontera, entonces la presencia no podría reducirse a una cualidad del terapeuta ya que aquello que llamamos presencia está implicado en el mismo movimiento por el cual el self se constituye en la experiencia. La presencia se

actualiza en el modo en que el campo se organiza y en la forma en que las figuras emergen y se transforman.

Desde esta perspectiva, la experiencia clínica aparece como proceso de figuración, donde algo de ese fondo indiferenciado del campo se destaca y se vuelve significativo para ambos. La presencia entendida como apertura fenomenológica y como disponibilidad encarnada crea las condiciones para que esa figuración pueda tener lugar.

Lo que emerge no está previamente dado ni en el terapeuta ni en el paciente, sino que se constituye en la interacción, por lo que la experiencia puede pensarse como co-construcción situada y como acontecimiento irreducible a la suma de subjetividades. En este marco, la pregunta por la presencia en el dispositivo mediado por pantallas se desplaza desde la disposición individual del terapeuta hacia la organización de la frontera de contacto. Sostener una actitud de presencia en condiciones adversas invita a examinar cómo se configura la experiencia cuando el campo incluye de manera constitutiva la mediación tecnológica donde la pantalla deja de ser un mero soporte de transmisión para participar activamente en la configuración de esa frontera donde el self se actualiza.

En este sentido, la propuesta de Robine acerca de la experiencia como acontecer en la frontera permite evitar reduccionismos frecuentes. Por un lado, la idealización nostálgica de la co-presencia corporal como única garantía de experiencia auténtica. Por otro lado, la banalización tecnológica que supone que el dispositivo es neutro y que la experiencia permanece inalterada más allá de su mediación. Si la experiencia es siempre de campo, entonces cada configuración histórica y material reorganiza las condiciones de figuración. La virtualidad no elimina la frontera de contacto, pero modula, redistribuye los acentos perceptivos y los ritmos de emergencia de las figuras.

En la clínica presencial tradicional, la tridimensionalidad del cuerpo, la atmósfera compartida y la micro coordinación kinestésica operan como trasfondo tácito de la experiencia. En el campo mediado por imagen, la frontera se redefine a partir de una lógica de visibilidad recortada que intensifica ciertos elementos y atenúa otros. El rostro adquiere centralidad, la voz se filtra en el dispositivo, el silencio se experimenta bajo la posibilidad de una desconexión técnica. La experiencia que allí se produce no es una versión disminuida sino una modalidad específica de organización de la frontera.

Si la presencia exige del terapeuta una apertura que evite refugiarse en el rol o en la técnica, la articulación con la noción de experiencia añade una exigencia que requiere de una sensibilidad suplementaria, fina a los movimientos del campo,

a las modulaciones de la frontera y a los modos en los que el self se actualiza en esa configuración particular. Ante el riesgo de que la atención quedase capturada por la superficie visible de la imagen o por la auto referencialidad que la pantalla tiende a fomentar, sostener la presencia en este contexto invita a sostener la orientación hacia el entre, hacia aquello que se está constituyendo como experiencia compartida más allá de lo meramente mostrable.

Aquello que comenzó como una actitud del terapeuta se encuentra ahora tensado por aquellos fundamentos clásicos que permiten una articulación posible para pensar que la presencia aparece como condición de posibilidad para que el encuentro adquiera espesor aún en condiciones donde el dispositivo terapéutico adquiere matices particulares en pos de ajustarlo creativamente frente a demandas de la actualidad.

Del encuentro a la experiencia en el campo terapéutico

Abordar este pasaje desde el encuentro hacia la experiencia en el campo terapéutico implica considerar el horizonte al que se orienta la práctica. De este modo, la terapia gestáltica se afirma como una clínica orientada al proceso donde el trabajo se organiza en torno a la posibilidad de acompañar el despliegue de lo que ya está en curso, atendiendo a sus interrupciones, fijaciones y sus potencialidades. Esta es precisamente la lógica que orienta el horizonte de la terapia gestáltica que sostiene que

“El cambio ocurre cuando el paciente se convierte en lo que es, no cuando trata de ser lo que no es. El cambio no ocurre por medio de un intento coercitivo del individuo o de otra persona para cambiarlo, pero sí ocurre con tiempo y esfuerzo para ser lo que es, estando plenamente involucrado en la situación actual. Al rechazar el rol de agente de cambio, hacemos posible un cambio significativo y ordenado” (Beisser, 2014, p. 85)

La terapia Gestáltica se propone favorecer la autorregulación orgánica a través de la ampliación de la consciencia del aquí y ahora, entendida como la capacidad de darse cuenta de la propia experiencia en su espesor sensible, afectivo y relacional. Este despliegue no se agota en un ejercicio introspectivo sino que se juega en la frontera de contacto, allí donde el organismo y el ambiente se co-determinan y donde el self se actualiza como función de esa relación. Desde esta perspectiva, en trabajo clínico acompaña la formación y transformación de las figuras que emergen en el campo, atendiendo a interrupciones, fijaciones o

rigideces que limitan la posibilidad de que la experiencia se organice en un modo fluido en función de las necesidades.

La incorporación de la virtualidad introduce variaciones en estas condiciones, en tanto el campo se configura a través de una interfaz que participa activamente en la organización de la experiencia. La pantalla no opera como soporte neutro, sino que incide en la percepción, en la temporalidad del intercambio y en la disponibilidad de los registros implicados en el contacto. La experiencia del otro y de sí mismo se despliega en un entorno donde la co-presencia corporal se reconfigura y donde ciertos aspectos del encuentro adquieren relieve mientras otros se atenúan.

En este marco, el encuentro terapéutico se configura como la condición de posibilidad para que la experiencia advenga como proceso significativo. La presencia del terapeuta, en tanto participación sensible en el campo, incide en la calidad de ese encuentro y en las formas que puede asumir el contacto. La experiencia no preexiste a la relación ni se reduce a la interioridad de uno de los participantes, sino que se constituye en la dinámica misma del entre, en la manera en que se organiza la frontera y en los modos en que algo logra destacarse como figura sobre un fondo. Este desplazamiento permite situar el eje del trabajo clínico en la calidad del contacto que se establece y en las condiciones que habilitan su despliegue.

La noción de contacto aparece en los desarrollos tempranos de Fritz Perls (1999) como el modo fundamental en el que el organismo vive su relación con el entorno. Desde esta perspectiva, no hay vida psíquica por fuera de este intercambio ya que vivir implica orientarse hacia lo que emerge en el ambiente y responder a ello. Tal como señala el autor, “el estudio del modo como el ser humano funciona en su ambiente es el estudio de aquello que ocurre en el límite de contacto entre el individuo y su ambiente. Es en este límite donde ocurren los eventos psicológicos” (p. 30)

A partir de estas consideraciones, la operación de contacto se presenta como una vía privilegiada para explorar las modulaciones que introduce la modalidad virtual en la práctica gestáltica. La frontera de contacto, entendida como lugar de emergencia de la experiencia, se ve atravesada por condiciones de figuración que inciden en la formación de figuras, en los ritmos del intercambio y en la calidad del encuentro. Interrogar estas transformaciones implica comenzar a delinear un campo que permita describir cómo se configura la experiencia en este contexto y que formas de contacto se vuelven posibles en él.

En este escenario, experimentar el aquí y ahora de la situación - que comienza con la sensación, sigue por el darse cuenta, luego la movilización de energía, la acción, el contacto y finalmente la retirada - se ve convocado a sostenerse en una trama perceptiva y relacional diferente, en la que la autorregulación orgánica comienza a organizarse en relación a un campo cuya materialidad incluye de manera constitutiva la mediación tecnológica.

Pensar el contacto en términos procesuales permite retomar la afirmación de Perls en una dirección que complejiza su alcance clínico. Si los eventos psicológicos acontecen en el límite de contacto entre organismo y entorno, tal como él lo plantea, ese límite no puede concebirse como un punto fijo sino como una secuencia en permanente formación y transformación. En esta línea, los desarrollos de Joseph Zinker (1979) permiten situar el contacto como un proceso creativo que se despliega de manera continua, alejándose de toda lógica segmentaria o estática. Así “nuestra realidad personal no es estática; nunca la experimentamos, en el tiempo, bajo la forma de segmentos o puntos discretos” (p. 72).

Desde esta perspectiva, el ciclo de la experiencia permite delinear una cartografía que posibilita hacer legibles las vicisitudes del contacto en su devenir y localizar los momentos en que dicho proceso creativo se empobrece, se rigidiza o se interrumpe. En este sentido, las interrupciones no aparecen como fallas aisladas sino como detenciones del fluir continuo de la experiencia en tanto “sólo en condiciones de trastorno, de inhibición condicionada, de patología, interrumpe uno el propio fluir, divide en segmentos el propio comportamiento, congela la fluidez” (Zinker, 1979, p. 73). Esta perspectiva abre un campo de intervención que lejos de depender de manera exclusiva de la co-presencia física, se juega en la posibilidad de acompañar y reorganizar este despliegue en condiciones singulares de la terapia virtual.

En este sentido la intervención gestáltica puede pensarse como la organización de intervenciones orientadas a favorecer la emergencia de la experiencia en los distintos momentos del proceso y comprender al trabajo terapéutico en una lógica vivencial en la que el terapeuta crea las condiciones para que el paciente explore activamente su modo de estar en el campo con el objetivo de reactivar el carácter creativo del proceso experiencial.

Si se atiende a los momentos iniciales de este proceso, la sensación adquiere un lugar decisivo en tanto umbral de la experiencia. Es allí donde el organismo comienza a orientarse en el entorno antes de que lo vivido se organice en formas más estables de significado; una exploración a sí mismo como proceso activo que consiste en dirigir la atención en forma simple e ingenua. Sin embargo,

en el contexto de terapia virtual, esta dimensión puede verse desplazada por una predominancia de intercambios sostenidos ya sea en su discurso o en lo visual, favoreciendo configuraciones en las que la experiencia aparece rápidamente capturada por el relato.

En esta misma línea, Zinker (1979) advierte que

En general, olvidamos que nuestro lenguaje tiene raíces sensoriales, que nuestras palabras emanan de experiencias concretas. Tratamos las palabras como si ellas mismas fuesen la experiencia. El manejo pedante (o descuidado) de conceptos y abstracción puede alejarnos del impacto inmediato de nuestra realidad. (p. 69)

Esta observación permite subrayar con mayor precisión el riesgo clínico que se presenta en este punto del proceso, en tanto la primacía de lo discursivo no solo organiza la experiencia, sino que puede también sustituirla.

Es por ello que la intervención no se orienta a producir una sensación sino a habilitar las condiciones de que aquello que ya acontece en el plano sensible pueda ser advertido, sostenido, diferenciado. Esto implica un modo de acompañamiento que introduce variaciones en la forma de atender a la propia experiencia, favoreciendo detenciones, desplazamientos en el foco atencional y formas de nominación que no clausuren prematuramente lo vivido. Una propuesta posible sería invitar al paciente a cerrar los ojos, prestando atención a la respiración, a los movimientos más finos, a las tensiones que registra, realizando un recorrido por todo el cuerpo, deteniéndose en cada parte para sentir lo que acontece en la situación presente. En ese momento el terapeuta atiende a cada manifestación del proceso del otro lado de la pantalla con su voz presente y alguna música suave que acompañe. Se trata de intervenciones que buscan restituir continuidad allí donde el proceso tiende a fragmentarse o a quedar subordinado a formas más elaboradas de la propia vivencia.

De este modo el trabajo sobre la sensación no constituye un momento aislado ni preliminar, sino una vía privilegiada para intervenir en las interrupciones del ciclo de la experiencia en su fase más incipiente. En el contexto virtual, esta dimensión no desaparece, sino que se reorganiza en función de las condiciones del campo, volviéndose accesible en la medida en que la intervención logre inscribir la experiencia en el registro del cuerpo vivido.

La intervención gestáltica puede así orientar a localizar y sostener aquello de la vivencia que se encuentra vivo, que conserva movimiento y posibilidad de despliegue. En lugar de dirigirse a lo ya cristalizado en el relato o en aquellas

explicaciones que organizan retrospectivamente la vivencia, se trata de que el terapeuta logre insertarse en ese punto donde la experiencia está ocurriendo. Es desde allí que puede acompañar al paciente a anclarse en su propio estar en el ambiente como exploración situada de su presencia. Se trata de abrir un espacio en el que estas dimensiones, frecuentemente relegadas, puedan adquirir espesor en la experiencia como modos en que el organismo está en relación con su entorno.

A partir de este registro, el darse cuenta, lejos de aparecer luego como una instancia mayor o como un objetivo a alcanzar, sigue como un proceso que se figura en la medida en que la experiencia logra sostenerse sin ser inmediatamente capturada por la explicación. Tal como define Yontef (1997), “el darse cuenta es una forma de vivenciar. Es un proceso de estar en contacto alerta con la situación más importante en el campo ambiente/individuo con un total apoyo sensorio-motor, emocional, cognitivo y energético” (p. 171).

Se trata más bien de una forma de presencia que integra sensación, percepción y significado sin reducirse a una única dimensión sino a una captación que se profundiza cuando el organismo puede permanecer en relación con lo que acontece.

En el contexto de la terapia virtual, este proceso adquiere matices particulares. La mediación tecnológica puede favorecer una rápida organización discursiva de la experiencia, pero también ofrece la posibilidad de recortarla de un modo tal que ciertos aspectos del darse cuenta se vuelvan menos accesibles. La intervención, en este punto, consiste en sostener la palabra en tensión con aquello que la precede y excede, habilitando un darse cuenta que no se agote en el decir y pueda desplegarse como experiencia en curso.

Aquí el trabajo con polaridades adquiere relevancia clínica como una intervención orientada a ampliar el campo del darse cuenta. Tal como se desprende de los desarrollos de Zinker (1979), no es posible enriquecer la experiencia permaneciendo únicamente en aquellos aspectos con los que el sujeto se identifica o le resultan aceptables para su autoconcepto. Por el contrario, el despliegue del darse cuenta implica un movimiento que tensiona esas identificaciones, al poner en juego dimensiones que han sido relegadas o desestimadas favoreciendo así la ampliación del autoconcepto a partir de la integración de la novedad. Así “cuando dos límites claramente diferenciados se frotan entre sí, los individuos experimentan una excitante sensación de contacto” (p. 157). En este sentido el trabajo tiende a favorecer el contacto con aquello que queda por fuera de la figura dominante. Esto supone un movimiento que no está exento de conflicto en tanto confronta al

paciente con aspectos de sí mismo que pueden resultar ajenos, incómodos o incluso rechazados y no reconocidos.

La invitación a realizar este trabajo puede tomar la forma de una exploración guiada en la que el terapeuta propone al paciente detenerse en aquellos aspectos de sí que reconoce como propios, describirlos, habitarlos en su expresión actual, registrar cómo se manifiestan en su cuerpo, en su tono de voz, en la forma en que organiza su decir. Este primer movimiento permite consolidar una figura desde la cual será posible introducir variaciones.

A partir de allí, la intervención puede orientarse a propiciar un desplazamiento que habilite el contacto con aquello que no se reconoce como propio o aparece rechazado. En la escena virtual, este pasaje puede sostenerse a través de consignas que inviten a experimentar activamente ese otro polo en su dimensión expresiva. El terapeuta puede acompañar con su voz la modulación de este cambio, atendiendo a los matices que emergen en la postura, en los gestos visibles dentro del encuadre, en los silencios o en las inflexiones del habla. La pantalla introduce un recorte que puede intensificar la percepción de estos micro-movimientos, volviéndolos materia de la experiencia que falta en la terapia presencial.

En este ir y venir entre posiciones, el trabajo invita a sostener la coexistencia de ambos polos e integrarlos, para que el autoconcepto se amplíe. La posibilidad de que el paciente transite, aun de manera incipiente, modos de estar que no portan parte de su autodefinición habitual abre una experiencia para que el sí mismo se vuelva menos fijo y más disponible al devenir. En este sentido la intervención se inscribe en una lógica que privilegia la experimentación en la que cada polaridad puede desplegarse en acto.

La mediación tecnológica, lejos de quedar reducida a un obstáculo a sortear, participa activamente en la configuración de estas operaciones clínicas. El encuadre virtual ofrece un espacio donde la alternancia entre polaridades puede ser sostenida a partir de variaciones mínimas de presencia, ampliando ciertos aspectos del contacto que se está efectuando y haciendo visibles otros que en la co-presencia podrían pasar inadvertidos. Es en esta reorganización del campo donde la intervención gestáltica encuentra nuevas condiciones de posibilidad para acompañar el despliegue del darse cuenta en su dimensión más dinámica.

De este modo, el darse cuenta se comprende como un proceso en permanente diferenciación cuya potencia radica en la posibilidad de sostener la tensión entre posiciones aparentemente contradictorias. Es en ese movimiento

donde el contacto recupera su carácter creativo, en tanto ya no se limita a la captación de lo ya dado, sino que se abre a la transformación de la experiencia.

A lo largo de todo ese despliegue, el proceso de contacto puede pensarse como un movimiento que atraviesa distintas modulaciones sin quedar fijado en ninguna de ellas. Luego de la emergencia de una figura y de la intensificación del darse cuenta, el campo se orienta hacia una fase de movilización en la que la experiencia comienza a organizarse en dirección a la acción. Se trata de un pasaje en el que la energía disponible encuentra cauces de expresión, ya sea en el decir, en el gesto, en micro-decisiones que se ensayan en la propia escena terapéutica favoreciendo a que el contacto se efectúe habilitando una implicación más plena del organismo en la situación. Es desde allí que la experiencia puede alcanzar un punto tal de realización que habilita al momento de la retirada en el que lo vivido se asimila y el campo recupera cierta disponibilidad para nuevas configuraciones. Así, contacto y retirada se articulan como momentos necesarios de un mismo proceso que sostiene la continuidad de la experiencia.

Es por ello que la intervención gestáltica no busca imponer transformaciones o modelos ideales a los cuales arribar sino sostener las condiciones para que la experiencia pueda desplegarse en toda su complejidad, haciendo lugar a la emergencia de las formas más amplias, flexibles y creativas de estar en el mundo.

Quizás uno de los movimientos más significativos que deja abierto este recorrido sea reconocer que la virtualidad ya no constituye una dimensión excepcional de la experiencia humana sino una de sus formas cotidianas de existencia. Gran parte de los vínculos contemporáneos se sostienen hoy a través de pantallas, mensajes, audios e imágenes que atraviesan la vida afectiva, laboral, social. La práctica clínica no permanece al margen de dichas transformaciones porque forma parte del mismo entramado histórico y cultural que atraviesa a quienes consultan y a quienes acompañan terapéuticamente. Es por ello que el desafío no consiste únicamente en trasladar la clínica a plataformas digitales sino en desarrollar una sensibilidad capaz de comprender los modos de encuentro, de contacto y de experiencia que se están configurando en esta época.

Conclusión

La transformación del campo clínico a partir de demandas de la actualidad obligó a la terapia gestáltica a enfrentarse con una escena inédita. La irrupción de la virtualidad desplazó las coordenadas tradicionales del encuentro terapéutico y volvió necesario revisar categorías que durante décadas parecían sostenerse sobre la evidencia silenciosa de la co-presencia física. La presencia, el contacto, la experiencia y la frontera organismo-ambiente comenzaron a desplegarse en un espacio atravesado por mediaciones tecnológicas que parecen alterar la textura habitual del vínculo clínico y reclaman nuevas formas de comprensión.

A lo largo de este recorrido, es posible comprender que la práctica gestáltica posee una plasticidad conceptual que le permite matizar estas transformaciones sin perder la especificidad de sus fundamentos. Sus nociones centrales contienen una potencia relacional y fenomenológica capaz de reconfigurarse en diálogo con las formas contemporáneas de experiencia. La virtualidad introduce variaciones decisivas en la organización del campo terapéutico que posibilitan pensar que la presencia y el contacto no dependen exclusivamente de la cercanía corporal, aun cuando históricamente se hayan desplegado a través de ella.

Si se considera a la presencia terapéutica, situada como un fenómeno emergente del campo relacional y como forma de participación sensible que se configura en función de las condiciones concretas del encuentro, la mediación tecnológica puede comprenderse como una condición material que organiza los modos específicos de figuración de la experiencia, redistribuyendo los acentos perceptivos, modulando los ritmos de intercambio y reorganizando la frontera de contacto.

Este desplazamiento posibilita sostener que la virtualidad no constituye una versión degradada de la presencialidad. La terapia gestáltica de modalidad virtual posee una textura fenomenológica singular, atravesada por formas particulares de aparición del otro y del sí mismo; una modalidad específica de encuentro que reorganiza las posibilidades del contacto. En este marco, la presencia terapéutica aparece menos ligada a la materialidad inmediata del cuerpo y más vinculada a la capacidad de sostener apertura, sensibilidad y disponibilidad frente a aquello que emerge en la relación.

Por su parte la teoría de campo ofrece una vía decisiva para pensar estas transformaciones sin caer en la nostalgia de la co-presencia física ni en la ilusión de la neutralidad de la mediación tecnológica. Comprender que la experiencia acontece siempre en un campo históricamente situado, permite reconocer que cada configuración material produce determinadas condiciones de emergencia para el

self y para el contacto. La frontera organismo-ambiente se reorganiza bajo nuevas formas de sensibilidad, percepción y participación. La experiencia clínica continúa produciéndose en el entre; en esa zona dinámica donde algo logra configurarse como figura significativa sobre un fondo compartido.

En este sentido la noción de contacto adquiere especial relevancia para comprender los modos en que el ciclo de la experiencia se despliega en el entorno virtual. Pensarlo desde su dimensión procesual permite recuperar el carácter dinámico, creativo y continuo de la experiencia.

La exploración de las distintas fases de dicho proceso, habilitaría reconocer que la virtualidad produce modulaciones específicas en la organización perceptiva y relacional del campo donde la predominancia de lo visual o lo discursivo. Sin embargo, el recorrido muestra que la mediación tecnológica puede convertirse en soporte de intervenciones capaces de restituir densidad sensible a la experiencia, favoreciendo modos de atención más finos hacia la respiración, la voz, las tensiones corporales y los micro movimientos que continúan desplegándose aun cuando el cuerpo aparece parcialmente recortado por la pantalla.

Del mismo modo, el trabajo con polaridades deja reconocer que el campo virtual habilitaría nuevas posibilidades de figuración. La reducción del encuadre corporal intensifica ciertos registros expresivos y amplía determinados matices produciendo nuevas condiciones para el despliegue del darse cuenta. La pantalla participa activamente en la organización de la experiencia y la práctica gestáltica encuentra allí un espacio fértil para continuar trabajando con la integración de los aspectos escindidos y la ampliación del autoconcepto.

El recorrido realizado permite reconocer que la virtualidad no desplaza a la Gestalt fuera de sus fundamentos, sino que la confronta con la necesidad de pensarse nuevamente desde ellos y ajustarse creativamente a las vicisitudes de la actualidad. Nuestro trabajo se ve convocado a sostener una sensibilidad capaz de leer las nuevas configuraciones del campo en las que la virtualidad introduce tensiones, reorganiza percepciones y modifica la textura del encuentro. El desafío consiste en desarrollar una práctica lo suficientemente flexible para alojar estas transformaciones sin abandonar la profundidad fenomenológica y relacional que caracteriza a la Gestalt desde sus orígenes.

La Gestalt conserva su vigencia más profunda en la capacidad de permanecer atenta a lo que emerge, de acompañar el movimiento de la experiencia allí donde toma forma y de habitar cada transformación del campo. Porque incluso en la virtualidad, allí donde la presencia parece desdibujarse entre imágenes y

conexiones inestables, continúa existiendo la posibilidad del encuentro y de que algo verdaderamente vivo y fértil acontezca en esa frontera compartida.

Referencias Bibliográficas

- Beisser, A. (2014). La teoría paradójica del cambio. En *Teoría y técnica de la psicoterapia gestáltica*. Amorrortu editores.
- Dosil Santamaría, M., et al. (2020). Impacto psicológico de la COVID-19 en una muestra de profesionales sanitarios españoles. *Revista de Psiquiatría y Salud Mental*. Recuperado de <https://doi.org/10.1016/j.rpsm.2020.05.004>
- Naranjo, C. (2006). *La vieja y novísima Gestalt: Actitud y práctica*. Cuatro vientos.
- Parlett, M. (1991). "Reflexiones sobre la teoría de campo", en *The British Gestalt Journal*. Disponible en <https://gestaltnet.net/gestaltoteca/documentos/articulos/reflexiones-teoria-campo>
- Perls, F. (1991). *El enfoque gestáltico*. Cuatro vientos.
- Ramírez Calderón, I. (2011). La Terapia Gestalt y la presencia terapéutica de Fritz Perls: una entrevista a Claudio Naranjo. Recuperado de http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1657-92672011000100023&lang=es
- Robine, J.M. (2005). *Contacto y relación en psicoterapia. Reflexiones sobre Terapia Gestalt*. Cuatro vientos.
- Valencia-Rey, J. E., & Escobar Arango, F. (2023). Conformación de la relación terapéutica en la psicoterapia online desde la visión del terapeuta. Recuperado de <https://doi.org/10.18566/infpsic.v23n2a01>
- Yontef, G. (1997). *Proceso y diálogo en psicoterapia gestáltica*. Cuatro vientos.
- Zinker, J. (1979). *El proceso creativo en la Terapia Gestáltica*. Paidós.